

Cuadernos del Sur

AÑO 11 - Nº 20

Diciembre de 1995

Tierra del Fuego

¿Una nueva izquierda en México?

Arturo Anguiano*

Arturo Anguiano se interna en estas páginas en el laberinto del difícil proceso de recomposición de la izquierda política y social mexicana. El autoritarismo priísta y la pérdida de rumbo del cardenismo tienen su lugar en este laberinto.

Pero una centralidad creciente ha ganado el EZLN, desde su irrupción armada en Chiapas hasta sus diversos e inteligentes intentos de inserción civil en la política nacional mexicana, de modo que “la oposición democrática vive bajo el signo del EZLN”, nos dice Anguiano. Un hito en este sentido fue la Convención Nacional Democrática en Aguascalientes y el esfuerzo de reunir las luchas democráticas en un Movimiento de Liberación. Un nuevo hito es la reciente convocatoria, por parte del EZLN, a un referéndum sobre sus demandas y su futuro como organización.

El artículo que incluimos a continuación es previo a la realización del referéndum el 27 de agosto. En el mismo, a través de 8.000 mesas de votación y asambleas indígenas en todo México y a través de Internet en los comités de solidaridad internacionales, arriba de un millón de hombres y mujeres respondieron al referendo. Las preguntas acerca de las demandas, la necesidad de unir las fuerzas democratizadoras alrededor de ellas, y de concretar una reforma política que garantice la democracia fueron respondidas positivamente por casi todos los votantes. Las preguntas sobre la naturaleza futura del EZLN como organización fueron respondidas en el sentido de su conversión en fuerza política, aunque los votantes se dividieron en torno a su independencia o no respecto de otras fuerzas políticas. La búsqueda de “una nueva izquierda” en México sigue adelante

* Profesor-investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana (México).

*A Mario Payeras,
revolucionario universal, guatemalteco,
escritor y poeta,
hacedor de papalotes,
marimbero,
diestro en el vuelo de las aves,
quien murió asediando utopías.*

1. Izquierda ausente

En medio de una de las recaídas más graves en la crisis duradera del modelo económico y político mexicano resulta patente la ausencia virtual de una izquierda política y social capaz de hacer progresar una alternativa de fondo, en favor del trastocamiento múltiple de los esquemas de organización social, producción material, distribución de la riqueza y en general de las relaciones sociales y de poder prevalecientes.

Las ondas de choque producidas por la caída del muro de Berlín en 1989 no derruyeron a las distintas organizaciones políticas que en México se reclamaban del socialismo. Estas habían optado un año antes por el suicidio político, disolviéndose en la marejada que levantó inesperadamente la candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas, recayendo en los mitos ideológicos revividos por él y cuyo combate había marcado el origen de aquellas, o eclipsándose por la vaciedad, el abandono y la impotencia.

Veinte años después del 68 (de arranque tanto de la crisis histórica del régimen priista como del proceso de recomposición y reorganización de la izquierda y del movimiento de masas), se clausuró de hecho el período de búsqueda de una disyuntiva política autónoma ligada a los intereses de los trabajadores. Bajo el influjo del hijo del general Lázaro Cárdenas -quien retomó el viejo programa nacionalista revolucionario agotado y desecharido por los priistas modernizadores-, la izquierda realizó en 1988 un primer cambio de piel y se subsumió en el nuevo cardenismo. Pero la apuesta fracasó al no cristalizar ni el esperado partido de masas que no fue el Partido de la Revolución Democrática (PRD)² ni la alternativa del poder mediante una nueva insurrección ciudadana y la derrota del PRI en las urnas en 1994, en un país donde la república democrática asume la forma de una mascarada.

La izquierda no sólo se asimiló en lo fundamental al cardenismo, sino que el resto de fracciones o fragmentos cayeron en el marasmo, la dispersión y la crisis de identidad. El Partido del Trabajo (PT), que reunió a una buena parte de lo que había sido una de las organizaciones más importantes de los ochenta, la OIR-LM (Organización de Izquierda Revolucionaria - Línea de Masas), jamás logró actuar de manera que pudiera sacudirse el víncu-

lo perverso con el salinismo, bajo cuyo signo nació y que lo fue reafirmando como un nuevo partido paraestatal, revestido de una fraseología de izquierda cada vez más oportunista³. Después de dilapidar todo su acervo, el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) concluyó un largo proceso disgregador motivado por enfrentamientos internos y detonado por el arranque de la campaña electoral de Cuauhtémoc Cárdenas, dejando sólo sombras desfiguradas de un proyecto que durante varios años había logrado colocarse como la segunda fuerza de la izquierda, luego del PSUM-PMS. Muchos otros organismos se disgregaron asimismo o concluyeron evolucionando hacia el PRD, mientras los malos de la película, los ultras de distintos pelajes, afirmaron sus reflejos autoritarios e ideológicamente lamentables.

El panorama de la izquierda a finales de los ochenta se modificó tanto que en los noventa, en pleno auge de la modernización salinista, pocos siguieron considerándose de izquierda (ya no digamos marxistas), girando de una u otra manera en torno a la generalizada lucha electoral y parlamentaria impulsada por el PRD, quien abandonó en el camino muchos de sus presupuestos ideológicos, tratando al principio de colocarse por encima de las “geometrías políticas”⁴, para luego concluir en la perspectiva de dar forma más

bien a un supuesto centro-izquierda, tradicional coartada de la ambigüedad.

La izquierda de hecho se dislocó a sí misma, abandonando los logros políticos y experiencias organizativas que había desarrollado a partir del arranque de los setenta, cuando por fin coincidió su recomposición con el proceso de reorganización y lucha independiente del movimiento obrero y de masas (la llamada insurgencia obrera, campesina y popular), con el que pudo establecer difíciles, pero reales, vínculos, complejos vasos comunicantes que entonces la comenzaron a transformar y fortalecer. El régimen priísta encabezado por Carlos Salinas de Gortari enfrentó una oposición cada vez más amplia, de más en más ciudadana, pero pulverizada y escéptica frente a partidos que tienden a confundirse en su pragmatismo, en su falta de programas, en sus ansias de poder sin opciones políticas de fondo. En los claroscuros de la noche modernizadora, todos los gatos se volvieron efectivamente pardos y, como nunca, el poder se volvió absoluto.

2. Vientos del sur, aires de cambio

Trueno, relámpago, revuelta en el paraíso, las metáforas más comunes para describir la insurrección za-

patista del primero de enero de 1994 muestran el asombro generalizado, la sorpresa por lo insólito. Como se ha escrito hasta el cansancio, la irrupción estruendosa del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en la escena nacional expresó tanto el fracaso del régimen que se disponía a cosechar los éxitos de la integración modernizadora de México al primer mundo, como del PRD que pretendió representar la única alternativa posible (democrática, nacional y popular) para las clases subordinadas.

La insurrección zapatista agudizó de entrada el descontento del PRD y del resto de los sobrevivientes de la izquierda, quienes luego trataron de aprovechar el impacto del EZLN para sus propios planes y acabaron viéndolo con desconfianza, como un intruso destinado a desplazarlos.

Los zapatistas reanudaron en la práctica con la tradición de la izquierda socialista, entendida en su sentido más abierto y desburocratizado, volvieron a plantear cómo algo de actualidad la revolución y los programas clasistas de la izquierda, reintroduciendo su discusión entre las organizaciones sociales, el movimiento ciudadano y los partidos. Más aún los renovarón y secundaron con la incomparable experiencia de las tradiciones de lucha y organización comunitaria de los indígenas de Chiapas. La propia exis-

tencia del EZLN revelaba un largo proceso de reorganización e inserción social, un enraizamiento profundo en las comunidades que había sido incapaz de realizar una izquierda apremiada por obtener éxitos públicos y espacios de poder administrables. Sobre todo, el EZLN volvió a plantear sin vergüenza un camino hacia la izquierda, cuando en el PRD y demás corrientes se metamorfoseaban con el pragmatismo y se desvivían por hacer olvidar su pasado izquierdista y hasta marxista, ensayando identidades vagas⁵.

La convocatoria del EZLN a realizar la Convención Nacional Democrática (CND) para dar cauce a un gran frente opositor⁶ planteó la posibilidad de un nuevo proceso de recomposición y reorganización, de renacimiento y revitalización de la izquierda política y social. Sus antecedentes más próximos Habían sido el Frente Nacional Contra la Represión (FNCR) encabezado por Rosario Ibarra a fines de los setenta, a principios de los ochenta el FNDESCAC (Frente Nacional en Defensa del Salario, Contra la Austeridad y la Carestía) y la Asamblea Nacional Obrera Campesina Popular (ANOPC) que para concretarse tuvieron que promoverlos prácticamente el conjunto de la izquierda política y social entonces actuante⁷. El EZLN mostró una capacidad de convocatoria inédita, atrayendo él sólo a la tradicional “clientela” de

la izquierda y además a intelectuales, artistas, simples ciudadanos inorganizados, de muy disímiles procedencias. Apostó a organizar en la Convención Nacional y potenciar la enorme influencia que había levantado desde el primero de enero, imprimiendo una lógica unitaria a las fuerzas de la sociedad civil empujadas a la movilización⁸. En la euforia de la insólita concentración multitudinaria en la selva Lacandona, el EZLN insistió en su concepción de la lucha en todos los terrenos, medios y niveles, promovió incluso la participación electoral y puso su futuro en manos de la entonces recién inaugurada CND⁹. La convención surgió como una atractiva y original opción civil vinculada de hecho a una opción político-militar. Pero la coyuntura electoral determinó en gran medida el contenido y los límites de la iniciativa zapatista y, sobre todo, se perdió la apuesta que en la práctica se había hecho por un cambio a través de lo que casi todos los convencionistas consideraban inminente: el triunfo electoral de Cuauhtémoc Cárdenas.

El choque con la cruda realidad del 21 de Agosto de 1994, el desengaño por el fracaso de Cárdenas, las menguadas expectativas de movilización contra el fraude, precipitaron a la atonía a esas fuerzas sociales y políticas. La CND apareció como un elefante blanco incapaz para actuar políticamente y movilizarse. El far-

do de una izquierda desprogramada y sin alma política, aquejada de todas las deformaciones aparatistas y grupusculares, vació a la CND e irritó y lanzó a la desilusión al propio subcomandante Marcos, quien vio caer en la inercia disgregadora a su iniciativa unitaria¹⁰.

El prestigio del EZLN y su fuerza de atracción no bastaron para mudar a la CND en el embrión de una alternativa política de fondo, de la misma manera que el ascendiente y el peso de Cuauhtémoc Cárdenas tampoco fueron suficientes para derrotar al régimen priista ni reproducir acciones capaces de desbaratar el montaje del 21 de agosto. Al primero le falló la inencontrable presencia política legal, mientras al segundo lo lastró un partido que lo atascó en la indefinición. Por lo demás, ni Cárdenas ni la CND se propusieron, o pudieron, incitar manifestaciones poselectorales que prepararan una reacción más extensa, en el mediano o largo plazo. Sus iniciativas respecto de los resultados de las elecciones y, luego, frente al nuevo gobierno de Ernesto Zedillo se deslizaron por la vaguedad. La dejadez se impuso ante la inminencia del cambio de gobierno. Nadie pudo hacer nada para presionar hacia una salida pacífica en Chiapas. El acorralamiento de los zapatistas se apretó y Chiapas se convirtió en un polvorín, asentado en una crisis social sin precedentes.

Los tempestuosos vientos del sur acarrearon aires de cambio en la nación toda, especialmente entre las izquierdas, como es más preciso hablar de esta gama político-social. Pero los lastres y el sopor resultaron demasiado pesados por la quiebra de las esperanzas. Ante la perdida de la perspectiva del poder, el PRD muy pronto comenzó a tratar de reconvertirse con el fin de volverse creíble y redefinir así su papel en un régimen que no pudo vencer. Al menos así podría acceder a espacios negociados que le ayudarían a afianzarse y renovar su futuro.

En diciembre de 1994 el nuevo gobierno priísta encabezado por Ernesto Zedillo Ponce de León esbozó una especie de armisticio con el PRD, prometiéndole un nuevo trato con el fin evidente de proseguir el acorralamiento de los zapatistas. Densas nubes se agolparon en el cielo presagiando tormenta en Chiapas. El subcomandante Marcos llamó entonces a Cuauhtémoc Cárdenas y la CND a que se unieran con el fin de crear un “gran movimiento amplio de oposición para reinstaurar la legalidad, la legitimidad, el orden y la soberanía nacionales”¹¹.

Aunque se escuchó más su supuesto grito de guerra, como se interpretó su declaración sobre la asunción de Eduardo Robledo como gobernador de Chiapas, lo más notable fue esa angustiosa estrechez de un movimiento social que se estre-

lla en la inmediatez de sus reivindicaciones fragmentarias. Fue un grito desesperado el de Marcos, dirigido a romper el cerco militar y político (sobre todo político) que se cerraba y que colocaba al país ante el desencadenamiento cercano de la imprevisible lógica de la guerra.

El llamado de Marcos persistió en recuperar la dimensión nacional del “problema chiapaneco” y la perspectiva nacional para solucionarlo. Frente a la evolución del PRD que se aleja de más en más de Cuauhtémoc y la parálisis de la CND, el subcomandante Marcos planteó la posibilidad de que la confluencia Cárdenas-CND destrabara esa situación relanzando acciones que de nuevo - como en agosto- rompieran el sitio al EZLN y prepararan mejor el terreno a una alternativa política nacional. Evidentemente, el EZLN dejó de ver en Cárdenas el rival a vencer, para reconocerlo como el aliado que tal vez pudiera cohesionar la amplia base social que en los hechos comparte con el PRD y que éste tiende a abandonar o perder en su curso “inclusionista” En cierta forma, la CND había sido un intento del EZLN de atraer, organizar y ampliar buena parte del espacio político-social que venía ocupando el PRD, corriéndolo hacia la izquierda. Pero la composición heterogénea de la CND y la ausencia de opciones políticas precisas no dieron para mucho.

Los acontecimientos cambiaron la situación. La explosiva realidad de Chiapas está muy lejos de ser la realidad del resto del país. La burbuja electoral no pudo ocultar el temor y el desánimo social generalizados, las resistencias más bien soterradas en la larga noche de doce años de reestructuración capitalista que desarticuló sindicatos, uniones, confederaciones, asociaciones, partidos, minando así las fuerzas colectivas y la confianza de los oprimidos. El movimiento ciudadano no ha sido sino una expresión parcial, limitada, como limitada y trunca es la propia ciudadanía en México, secuestrada por el régimen de Estado-partido que prevalece. La presencia zapatista rompió todos los esquemas y sacudió un poco las inercias desmovilizadoras, pero persiste no obstante un régimen político minado por crímenes y corrupciones, desgastes y fuerzas disgregadoras, pero todavía capaz de imponerse de mil maneras a la sociedad.

El EZLN ha tenido la sensibilidad para comprender los cambios en la nación y saber que es el único que en la actualidad podría encabezar el proceso de recuperación y reagrupamiento de los distintos componentes de la izquierda política y social desarticulada en la noche modernizadora. Por esto insistió en la organización de un frente amplio de oposición en la “Tercera Declaración de la Selva Lacandona” bajo la forma

de un Movimiento para la Liberación Nacional¹². Pero no puede hacerlo a través de la CND que vive desgarrada por sus pugnas internas y no consigue fungir sino como una fuerza solidaria con los indígenas y campesinos chiapanecos, que no arriba más que a efectuar acopios de productos, caravanas y piadosos ayunos, respetables por el sacrificio personal que implican, pero que revelan más impotencia y carencia de perspectivas, que imaginación o cambio de métodos políticos. Cuauhtémoc Cárdenas, por su parte, no parece encontrar su lugar ni su oficio en la nueva estructura y difícilmente podría supeditarse a posiciones con las que puede coincidir pero que no son las suyas. Sólo el EZLN podría impulsar con fuerza y legitimidad sus propias iniciativas, pero no puede llevar adelante su función como virtual vertebrador de una nueva disyuntiva democrática de izquierda en su carácter político-militar, que choca con buena parte de su discurso político y traba cualquier posible recomposición política amplia, es decir socialmente arraigada entre los distintos sectores sociales subordinados. Así pues, el EZLN tiene que resolver la contradicción¹³ en que lo tiene atrapado la guerra latente en Chiapas, que lo reafirma como fuerza militar, y dar un salto cualitativo por medio de su transcrecimiento como fuerza política nacional.

Empero en la “Tercera Declaración de la Selva Lacandona” se manejó con ambigüedad el papel político que se asigna para sí el EZLN, pues al convocar a la formación del MNL y a luchar “por todos los medios, en todos los niveles y en todas partes” por la democracia¹⁵, no quedaba la impresión de que estuviera listo para la indispensable transformación de su naturaleza como organización. Pero su futuro y el del conjunto de la izquierda social y política en México dependen de la claridad al respecto. En las actuales condiciones de la crisis duradera del capitalismo mexicano, no parece que sea ni con tiros ni con votos como podrá derrotarse al llamado régimen de partido de Estado. Realmente el EZLN ha alcanzado más influencia y aceptación por su acción política que por su acción militar. Se requieren nuevos ropajes pero también nuevos actores con prácticas e intereses distintos, hace falta que se recompongan y potencien la energía colectiva y la lucha de quienes realmente necesitan la democracia de manera vital, esto es para defenderse, para sobrevivir dignamente y con libertad.

3. Ante el nuevo trato gubernamental

El presidente Ernesto Zedillo no ha dejado de aprovechar la situación

de la izquierda, especialmente los conflictos y flaquezas del PRD, para tratar de reencauzarla. Si apenas ayer la izquierda regresó a las redes ideológicas del régimen de la revolución mexicana, así fuera bajo la versión matizada de Cuauhtémoc Cárdenas, ahora el nuevo presidente podría intentar favorecer su tránsito hacia una fuerza opositora, sí, pero leal al régimen y parte del mismo. Zedillo inició su gobierno exaltando su cambio de actitud hacia la oposición, de mayor flexibilidad y apertura, dirigiéndose muy particularmente al PRD, satanizado y perseguido duramente por Carlos Salinas. El nuevo trato tendría en mira concretar la reforma política “definitiva” que México necesita.

La integración del panista Antonio Lozano Gracia como Procurador General de la República fue el punto de partida de una amplia campaña publicitaria sobre la disposición presidencial de integrar un gobierno aparentemente plural, la cual fue acentuada por la incorporación de dos secretarios pretendidamente independientes (A. Warman y J. Carabias), y la inclusión de una panista y un simpatizante del PRD en el gobierno del Distrito Federal. Lo mismo con el gobierno de Chiapas. El gobierno no tuvo que conceder gran cosa y a cambio ganó mucho en cuanto a imagen de apertura. También, de paso, puso en evidencia la fragilidad de los partidos de

oposición, apurados por dejar de serlo, sin trabas de conciencia que les estorben.

En realidad hay que reconocer que al menos se renovó el discurso. Salinas llevó a su extremo el presidencialismo aplastante, incluso bajo la forma de un Estado-partido, sumamente ideologizado, que militó abiertamente contra los opositores, cooptándolos, negociando con ellos ventajosamente o arrinconándolos con toda la dureza del poder absoluto. El presidente Zedillo, por su parte, inauguró su sexenio tratando de despojar a su gobierno de ciertos excesos demasiado burdos e irritantes del presidencialismo, sin que pueda empero hacer a un lado la naturaleza del régimen que ahora representa ni su lógica, por más que pretenda reformarlo para aligerarlo o transmutarlo. Por ello, tras su discurso flexible no dejan de instrumentarse las viejas y rentables prácticas que cimbran y enturbian la vida interna de los partidos, como es la medida de llamar al gobierno a personalidades opositoras en vez de plantear a los partidos sentarse a negociar. Es como siempre el Estado-partido quien se dirige a las otras fuerzas políticas con el ánimo de socavarlas, quien trata de cooptar más que negociar, asimilar en lugar de contemporizar.

Probablemente el propio Zedillo se sorprendió de la efectividad de su política. Su audacia acabó de des-

pojar al PAN de su vieja autonomía y del severo carácter opositor que lo distinguían, desnudándolo en su apremio de incluirse en el gobierno sin atender demasiado las políticas a ejercer. Más aún respecto al PRD, que magnificó e ideologizó hasta lo indecible su rechazo a cualquier trato con el gobierno de Salinas (lo que de ninguna manera impidió innumerables negociaciones y acuerdos de todo tipo con funcionarios de distintas jerarquías) y que ahora se deshace en deslices y actitudes que -no sin disputas internas- quieren mostrar su cambio de piel al presidente, hace poco aún cuestionado.

Este apenas tuvo que entreabrir la puerta de la administración gubernamental, para que los opositores se dispusieran a franquearla precipitadamente, quienes estaban más preocupados por negociar "cuotas" (como respecto a las delegaciones del DDF) que por la política que tendrían que poner en práctica como miembros de un gobierno priista. Ernesto Zedillo evidenció con su nuevo trato la inconsistencia de las oposiciones, desgarradas y dispuestas a todo con tal de rascar el poder que no lograron conquistar bajo las reglas electorales vigentes y por su propia debilidad.

Ni las tremendas sacudidas de la reciaída de la economía - nunca cabalmente recuperada ni saneada-, ni la revalidación por Ernesto Zedillo de la política neoliberal que montó

el espejismo salinista estallado en mil pedazos, impidieron que prosperara el clima de apaciguamiento en el país y la impresión de que el viento estaba cambiando de aire. Destacó, en este sentido, la entrevista que el presidente y su secretario de gobernación, Esteban Moctezuma, tuvieron en la residencia oficial de Los Pinos, el viernes 13 de enero, con la dirección nacional del PRD. La amplia sonrisa de Ernesto Zedillo, retratado al lado del dirigente formal del PRD, Porfirio Muñoz Ledo¹⁵, exhibe la complacencia del primero por destrabar uno de los conflictos más persistentes y violentos del pasado sexenio, el cual evidenció como ningún otro la intransigencia y prepotencia gubernamentales, costando cerca de 300 simpatizantes perredistas asesinados impunemente.

El gobierno de Carlos Salinas de Gortari, es de todos sabido, persiguió, reprimió, trató de romper y copar al PRD, quien jamás aceptó que su investidura fuera legítima ni legal. Todos los espacios se le condicionaron o restringieron y - como puede entenderse- el PRD desarrolló en defensa propia una posición antigobiernista que muchas veces pareció extrema y sin sentido, que a su vez facilitó a los medios o entidades oficiales y oficiosas desplegar una violenta campaña permanente en su contra.

De hecho, tal vez pocas veces

haya existido una campaña tan desproporcionada como la que se llevó a cabo contra Cuauhtémoc Cárdenas, candidato presidencial y líder indiscutible del PRD, sobre todo luego de que la insurrección zapatista del año nuevo proyectó su candidatura como alternativa viable a la crisis política del régimen. Ninguna encuesta le concedió la menor esperanza de salir victorioso el 21 de agosto, pero por la fuerza y la magnitud de la operación rigurosamente orquestada en su contra por PAN, PRI, PT, gobierno, empresarios, medios, etcétera, parecía que en realidad todos temían una nueva e incontenible marejada que, como la de 1988, cuestionara irremediablemente al Estado y al régimen todo, incluidos sus disidentes y opositores institucionalizados, votando en forma incontrolable por Cuauhtémoc, el hijo del general Cárdenas. El cauce de las movilizaciones populares que en especial comenzó a crecer desde el mes de junio al paso de Cárdenas, particularmente en el centro y sureste del país, parecía abogar en este sentido.

Pero pasó lo que pasó, la marea cardenista no logró levantarse lo suficiente y la sofisticada y perfeccionada maquinaria de intimidación y fraude (preparada celosamente durante seis años) permitió al Estado elegir con cierta maquinada credibilidad al último presidente priista del milenio.

A diferencia de Salinas, Ernesto Zedillo no logró el reconocimiento del PRD prácticamente desde antes de su toma de posesión, cuando se reunió con sus fracciones parlamentarias¹⁶, sino que se juntó con el pleno de su dirección nacional iniciando así un diálogo aparentemente dirigido a legitimar un nuevo trato político.

El discurso del presidente Zedillo, de unidad nacional ante la emergencia, coincidió en los hechos con la convocatoria del PRD a concretar un consenso nacional que armonice los intereses legítimos de los actores económicos y sociales, por más que entre en disonancia con el llamamiento de Cuauhtémoc Cárdenas a crear un gobierno de “salvación nacional”¹⁷.

Al menos por algunas semanas, la cargada atmósfera política del país se aclaró también gracias al encuentro en plena selva del secretario de gobernación con el subcomandante Marcos, que se presentó como el preludio de un nuevo diálogo gubernamental con el EZLN. Algunas de las condiciones del EZLN para entablar negociaciones coincidían con las que el PRD había fijado para arrancar el diálogo oficial con el gobierno: la solución de los conflictos electorales de Veracruz, Tabasco y Chiapas.

La firma de un Acuerdo Político Nacional en la ciudad de México por parte de todos los partidos registra-

dos, PRI, PAN, PRD y PT, bajo la cobertura presidencial, parecía la entrada triunfal a un nuevo período de relaciones políticas renovadas en vistas a la prometida reforma política “definitiva”¹⁸. Nuevo trato, nuevo lenguaje democrático, nueva reforma política, quién se acordaba del mal trance de la economía y sus secuelas en la población, lastre pesado del ayer.

Ese proceso, ya encarrerado, solamente lo frenó la recaída en la perspectiva de la guerra en Chiapas, por el viraje que hizo el presidente Zedillo el 9 de febrero, cuando rompió la tregua y lanzó la ofensiva judicial y militar contra el EZLN. De paso echó por la borda los acuerdos unitarios con los partidos, enrareciendo una vez más la atmósfera política nacional, suscitando nuevamente el desconcierto y el temor, la desconfianza y la incertidumbre¹⁹. La sacudida despertó una vez más a la opinión pública del país, liberó por todas partes movilizaciones tan tumultuosas y frecuentes que de nuevo detuvieron la mano represiva de un presidente, forzándolo a un diálogo con el EZLN ahora más espinoso, en condiciones precarias, siempre en el umbral del desastre.

4. La desventura del PRD

Si alguien evidenció su desconcierto, su desamparo por los cam-

bios tan abruptos en la coyuntura nacional y el desmoronamiento repentino de acuerdos e ilusiones, ése fue el Partido de la Revolución Democrática, apremiado por encontrar su lugar. Fue muy significativo que el PRD cumpliera sus seis años de existencia (el 5 de mayo del 95) sin celebraciones ni reuniones especiales que lo reafirmaran. Los dirigentes nacionales del PRD apenas si evocaron su vida partidaria, atrapados como están en una maraña de grupos y conflictos que no los dejan cohesionarse. Parecían a la defensiva, desconcertados ante un futuro incierto.

Seis años no son muchos en la existencia de un partido político, particularmente si ha de desarrollarse en un medio sin tradiciones nacionales de organización y lucha política de grandes colectividades, en un contexto caracterizado además por la presencia avasalladora de un Estado-partido sostenido en una cultura política alejada de los parámetros democráticos, la cual por cierto se descubre hondamente arraigada en la conciencia y prácticas de una sociedad tutoreada desde arriba. Pero el balance de un partido debe verse a la luz de sus propias expectativas y de los objetivos que le dieron nacimiento.

El PRD pretendió ser la solución de continuidad de un novedoso y multitudinario movimiento ciudadano, el levantado por la candidatura

presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas y la lucha contra el fraude electoral y la imposición de Carlos Salinas de Gortari como presidente de México en 1988. Era el PRD la forma orgánica, organizada políticamente, del "partido que nace el 6 de julio" -como lo definió Cárdenas-, es decir el encauzamiento (y apresamiento) de la marca ciudadana que brotó por todas partes, a lo largo y ancho de la nación, rechazando la prepotencia inaguantable del PRI-gobierno mediante el voto por el hijo del general Cárdenas²⁰.

Empero, los fenómenos políticos-sociales que conciernen a millones pocas veces siguen el rumbo de quienes pretenden dirigirlos o cambiar su naturaleza. Como era de esperarse, entonces, las vastas movilizaciones nacionales por la democracia en México se diluyeron a través de múltiples vertientes, su caudal amainó hasta quedar como un sedimento, que bien podría (y pudo) fructificar de mil maneras. El PRD se armó como una maquinaria electoral y todas sus energías se destinaron a ejercitarla y potenciarla en vistas a la nueva elección presidencial de 1994, cuando una renovada marejada recobraría para Cuauhtémoc Cárdenas la presidencia de la que fue despojado ilegalmente, derrotando al régimen priista. Si bien México es un país sin democracia efectiva, extraño a la alternancia del poder, está sin embargo plagado de

elecciones de todo tipo (del municipio a la presidencia de la república) que se suceden incansablemente prácticamente todo el tiempo, poniendo en tensión a todos los partidos. El PRD, en consecuencia, se invirtió a fondo en esta acción sin fin como el camino ineludible hacia el 94. Abandonó a muchos y muchos lo abandonaron enfrascados en sus apremios y luchas vitales.

Descalabros, fraudes, asesinatos, hostilidades y desilusiones formaron el perfil del PRD durante estos seis años. La alternativa por la democracia que se intentaba en un medio político cerrado devino choque frenético con el gobierno y su partido, que no dejaron al PRD ganar los espacios que le correspondían, arrinconándolo en una lucha contra el fraude electoral, de más en más cambiante y sofisticado. En el camino, todo el tiempo a la defensiva, el PRD fue dejando de lado programas y políticas, supeditando todo a un pragmatismo ciego, despolitizador.

El PRD había resultado de la convergencia inusitada del nacionalismo revolucionario (el viejo priísmo histórico) representado en ese momento por Cuauhtémoc Cárdenas y la Corriente Democrática del PRI y la izquierda socialista dispersa en distintas y variables vertientes. La izquierda desembocó en la candidatura de Cárdenas golpeada por una crisis política e ideológica (una verdadera crisis de identidad²¹)

que arrastraba desde hacía años y terminó por subsumirse en el neocardenismo, como una manera de subsistir al desastre. Paradójicamente, la izquierda que había surgido en lo fundamental al calor del 68 y en pugna contra los mitos y realidades de la revolución hecha gobierno, veinte años después de difícil travesía renunció a su acervo teórico-político, renegando de sus experiencias y se colgó de un proyecto exhausto y descartado por el propio régimen que lo gestó.

La izquierda mexicana se inmóvil para regenerar el aiento añejo de un cardenismo que nunca ha vuelto a encontrar el sentido, aunque sí nuevos ideólogos. Los hechos duros de la vida y la reestructuración capitalista lo fueron moldeando hasta despojarlo, en la víspera de la elección del 21 de agosto del 94, de un perfil político preciso y convincente que lo distinguiera del PRI y del PAN²². De aquí proviene parte de la derrota de Cuauhtémoc Cárdenas y la turbación del PRD.

Ni uno ni otro asimilaron la caída y cada quien deambula confusamente por su lado.

Cada vez más alejado políticamente de Cárdenas (a quien quisieran jubilar muchos) y del propio cardenismo, el PRD vive la incertidumbre del vacío, de la perdida estrepitosa de las esperanzas y referencias tanto tiempo alimentadas, apurado por reconvertirse a fin de

atrapar un mejor lugar en un régimen reformado por un gobierno zedillista que tampoco cae en su cañil. La presencia aún decisiva de Cuauhtémoc -cuya influencia jamás ha logrado transferirse a su partido-, así como el incómodo peso del EZLN y la posible recomposición de la izquierda política y social que la unión de ambos podría significar, han obstaculizado el cauce libre del PRD hacia la “inclusión” dentro del juego político nacional, que no parece encaminarse sino a una democracia regimentada y excluyente.

Cárdenas no encuentra su nuevo papel: efímero interlocutor válido del EZLN, candidato a dirigir un Movimiento Nacional de Liberación de corte zapatista, presidente de una más de las fundaciones por la democracia... Pero cada vez resulta más evidente que su indiscutible liderazgo en el PRD va siendo roído por las fracciones que se disputan el aparato partidario, las que tratan de reciclarlo para que deje de parecer “extremista” y pueda así ganar los votos que le permitan administrar algunos espacios de poder, que el presidente Zedillo cedería en aras de un nuevo trato²³.

El PRD cumplió seis años con más pena que gloria. Sin duda representó un opositor agresivo y casi siempre consecuente al régimen de partido de Estado y en especial al gobierno de Salinas. Sin embargo, de más en más se fue asemejando a

los otros partidos del régimen y prácticamente extravió, en la confrontación y la tormenta, la posibilidad de forjarse como una alternativa política original y creíble. El PRD podrá volverse -no sin conflictos y posibles rupturas- un partido leal a un régimen político ampliado, aunque no plenamente democrático. De otros lados y amaneceres, de otras energías y propósitos habrá que esperar una opción de veras democrática, sólida, que no se la lleve el viento.

4. Una salida de y para el EZLN

Para bien o para mal, la oposición democrática vive bajo el signo del EZLN. Así como el país redescubrió por la aventura zapatista los sótanos a los que se había condenado a vivir a los más desposeídos de los mexicanos (los indios, pero no sólo) y echó luz sobre las opacidades y ficciones del hasta entonces triunfante régimen modernizador, también la sociedad civil -aquella que se movilizó durante los terremotos del 19 y 20 de septiembre de 1985, la que irrumpió tumultuosamente en plazas, calles y urnas en 1988, exigiendo en la práctica la ciudadanía plena, sin cesar escamoteada- se identificó en masa con las motivaciones y demandas del EZLN y descubrió en ellas una opción confiable. Asimismo, los zapatistas

reactualizaron el premio por repensar la izquierda, de redescubrir sus identidades sin vergüenza, de despojarse del gris subido del pragmatismo que confunde (mimetiza) y trata de asediar de nuevo la utopía²⁴.

De grado o por fuerza, todos acabaron por solidarizarse primero con los zapatistas y converger más tarde al menos en algunas de sus iniciativas. El PRD ha sido el más renuente pues resulta claro que representa un proyecto político que no sólo pierde una parte sustancial de su base social a favor del EZLN, sino que se aventura por caminos y prácticas discordantes. Propuestas del EZLN como la CND y primordialmente el llamado a Cuauhtémoc Cárdenas para que encabezara el MNL motivaron reticencias en el liderazgo formal del PRD. Todo el mundo percibe el alejamiento real de la dirección perredista y el aparato partidario respecto a Cárdenas y no se da por descontado que el PRD pueda conservar sus fuerzas y relevancia en caso de una ruptura con su fundador y líder natural. Es cuestión de tiempo, pero es irremediable el cruce de caminos entre Cárdenas y el PRD, esto es, su dirección nacional y las encontradas fracciones que lo pueblan. Será un desgarramiento doloroso, pero nada ni nadie parece estar en condiciones de parar la tendencia "inclusionista" del PRD; ni de desmontar la arrasante lógica del aparato electoral,

cuyas necesidades se le sobreponen y lo condicionan, lo determinan y transfiguran.

Así como muchos se volvieron más cardenistas que Cárdenas, ahora abundan los zapatistas cien por ciento, los más marquistas que Marcos. En el debe del EZLN, por cierto, se inscribe el impulso desmesurado y fuera de foco de un nacionalismo que devino patrioterismo vacío, extraviado, que apunta más al ayer que al mañana. Pero aparte de semejantes resabios del fundamentalismo de una izquierda confinada y en crisis de identidad, en realidad podrían estarse engendrando condiciones para el resurgimiento de una nueva izquierda mexicana abierta a todos los aires, imaginativa y coherente.

El obstáculo mayor sigue siendo -como antes de la debacle que impuso el régimen modernizador- el desfase entre la oposición de izquierda que podría articularse (y en general toda la oposición) y el conjunto de las manifestaciones de resistencia y participación de la sociedad. Sin embargo, no es poco lo que ha progresado la sociedad en el abandono del letargo disgregador en el que la atrapó el régimen priista, inventando y desarrollando nuevas y variadas formas autónomas de actuación, de defensa y solidaridad, comenzando a recobrar así sus energías colectivas y su creatividad. La sociedad se vuelve cada vez más ciu-

dadana y participativa, al tiempo que la reciaída en otra fase abierta de la crisis económica está desatando acciones y luchas que muestran el límite al que está llegando la irritación contenida de trabajadores, campesinos, colonos, desempleados, jóvenes, etcétera. Nuevas recomposiciones político-sociales, nuevas resistencias podrían estarse gestando y la tan prometida recuperación de la economía (si viene) podría activar las inconformidades.

Los zapatistas han sido, precisamente, quienes han disparado de manera más persistente tales procesos de recomposición político-social, alimentándolos con su resistencia (más política que militar) a un régimen que los condenó a la persecución, la guerra y el exterminio. La "guerra social" (y el plan de choque para relanzar la economía que anunció Zedillo el 9 de marzo fue una verdadera declaración de guerra) podría ser realmente devastadora para un régimen con problemas de legitimidad y de dominio. El gran reto sería precisamente encontrar las mil maneras como podrían ligarse los movimientos ciudadanos y los movimientos reivindicativos.

Durante su tercer encuentro con el gobierno del presidente Ernesto Zedillo en San Andrés Larráinzar, Chiapas, el 7 de junio de 1995, el EZLN reiteró la urgencia de "una iniciativa de carácter nacional que una y cohesioné todas las formas

organizativas hasta ahora dispersas (...) un Movimiento para la Liberación Nacional que junte todas las fuerzas, a todos los ciudadanos y organizaciones que luchan contra el sistema de partido de Estado"²⁵. Ante el fracaso manifiesto de la CND para convertirse en el motor articulador del frente nacional opositor, los zapatistas convocaron a organizar una "gran consulta nacional", e incluso entre los comités internacionales de solidaridad con su lucha, con el fin de "orientar así nuestro camino". Plantearon preguntas referentes al programa (las 13 demandas)²⁶, acerca de un posible frente amplio de oposición, sobre la reforma política y, reveladoramente, dirigidas a definir su propio futuro: "¿Debe el EZLN convertirse en una fuerza política independiente y nueva? ¿Debe el EZLN unirse a otras fuerzas y organizaciones y formar una nueva organización política?".

Parece como si se estuviera en el umbral de un ciclo político. Los zapatistas vuelven a romper en forma inesperada el cerco poderoso tendido por el gobierno. En el más completo acorralamiento pueden salir y recuperar la iniciativa política, devolviendo hacia la sociedad entera la posibilidad de debatir sobre sus reivindicaciones y su futuro, que podrán ser voluntariamente asumidas por todos, o por muchos, quienes están a la vera del poder.

A pesar de los esfuerzos en con-

trario por parte del gobierno, Chiapas y el EZLN prosiguen como un asunto nacional. Los zapatistas rehuyen el atascamiento, la posible recaída en el olvido, la lenta pudrición a la que el presidente Zedillo quisiera abandonar un conflicto que parece no querer (o poder) resolver. Proyectan por esto la discusión de San Andrés Larraínzar hacia las plazas y rincones de México, que podrá opinar sobre demandas y medios para hallar una solución de continuidad a una lucha que apenas comienza.

Un ciclo político inédito podría iniciarse en México si al fin se encuentran las vías para articular las energías colectivas que durante muchos años se han disuelto en la dispersión y el aislamiento de capas dispares de la población trabajadora. Partidos, grupos, fracciones, tendencias, asociaciones, organizaciones de distinta índole, personalidades, publicaciones, etcétera, no ha dejado de expandirse el universo ubicado de una u otra forma en el terreno de la izquierda. No obstante, mucho tiene que suceder todavía en México para que puedan decantarse esas fuerzas y sobre todo para que surja una cultura política crítica de carácter social (de masas, se diría antaño), sana y abierta, que rompa en los hechos (y no reproduzca de manera distorsionada) las relaciones y prácticas que condenaron a todos los proyectos de izquierda (comprendido aquí el PRD) a repro-

ducir en su seno los rasgos y la mecánica del régimen priista.

La guerra latente en Chiapas, los conflictos políticos irresueltos, las condiciones críticas que desgastan al país por el desmayo de la economía y los rudos programas de estabilización gubernamentales, reproducen de manera ampliada tensiones sociales y políticas que no tienden a solucionarse sino a entreverarse. En este contexto, la consulta nacional a que convoca el EZLN podría favorecer la movilización y sensibilización política de muchos sectores y permitir una mejor suerte al propósito de lograr una gran convergencia política opositora. En especial, probablemente prepare condiciones para que el EZLN arranque su ineludible transcrecimiento (la mutación de su naturaleza político-militar), lo que ayudaría a sacar del atolladero al conflicto chiapaneco.

Es posible concluir que el EZLN podrá esta vez desencadenar efectivamente una convergencia más duradera, conduciendo la amplia y abierta alternativa de izquierda que no quiso ni pudo ser el PRD. Pero al menos se tendría la posibilidad objetiva en la medida que los zapatistas pudieran invertirse abierta y plenamente en el proyecto, el que seguramente sería de penosa concreción (y de resultados probablemente para largo plazo) por el lastre, las inercias y los abandonos que se arrastran.

El concurso de Cuauhtémoc Cárdenas, quien en los hechos se ha quedado sin partido, sería un coadyuvante decisivo. En la ruta tendrían que florecer las ideas, definirse las características del proyecto, sus bases, métodos, prácticas, programas, su destino. De lo contrario, si nuevamente gana el pragmatismo, se asistirá a otro salto en el vacío.

Probablemente se asome a este

México de fin de siglo una original, genuina oposición, una disyuntiva de fondo (política y social) a un régimen de Estado-partido que no sabe cómo mudarse o desaparecer. ¿Estaremos en el umbral de una nueva época de luchas? ¿Es posible una nueva izquierda en México?

México, DF, 1995

Notas.

1. Cfr. "El eclipse de la izquierda en México", en Arturo Anguiano, coordinador: *El socialismo en el umbral del siglo XXI*, UAM-X, México, 1991, pp.355-390.
2. A. Anguiano: "Los saldos del PRD", *Topodrilo*, nro.29, Julio-Agosto de 1993, pp.12-23.
3. No se ha escrito mucho al respecto, pero resulta muy interesante una lectura del artículo de Luis Hernández Navarro "El Partido del Trabajo: realidad y perspectivas", *El cotidiano*, nro.40, marzo-abril de 1991, pp.21-28.
4. Véase por ejemplo el artículo de Rosa Albinia Garavito (miembro destacado de la dirección nacional del PRD): "La intransigencia democrática del PRD y su modernidad", *El cotidiano*, nro.44, noviembre-diciembre de 1991, pp.14-17, donde escribió: "la identidad del PRD no va por una identidad de izquierda (...) la geometría política no alcanza para definir la identidad del PRD" (p.18).
5. A partir de la "Declaración de la Selva Lacandona", los zapatistas, y en especial el subcomandante Marcos, no dejaron de emitir comunicados y entrevistas que mostraron un pensamiento rico y bastante original. Véase por ejemplo una de las primeras recopilaciones "piratas": *La palabra de los armados de verdad y fuego*, Editorial Fuenteovejuna, México, 1994. Tiene razón Antonio García de León cuando señala que el movimiento zapatista "aunque no plantea una ideología sistemática y completa, ni un proyecto nacional de reforma política y social definitivamente elaborado y acabado, si ha generado un pensamiento inspirador, el que se ha ido proyectando como un replanteamiento de orden político y social" ("Chiapas: los saldos de un año de rebeldía", *Perfil de la jornada*, 2 de enero de 1995, p.IV).
6. Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General del EZLN, "Segunda Declaración de la Selva Lacandona", *Viento del Sur*, México, nro.2, julio de 1994, pp.78-82.
7. Luis Hernández Navarro nos recuerda en breve algunos de sus rasgos en "Aguascalientes: el túnel del tiempo", *La jornada*, 11 de agosto de 1994.
8. Sobre la CND se puede tener una relación de las agrupaciones participantes en la convocatoria publicada en *La jornada*, 10 de Julio de 1994. Algunas intervenciones y los resolutivos de las mesas

de trabajo se encuentran en *Motivos del 94*, México, semanario de la revolución democrática, nro.32, 19 de agosto y en *Memoria*, Cemos, México, nro.70, septiembre de 1994. Véase igualmente las crónicas en *La jornada* del 10 y 11 de agosto de 1994.

9. El subcomandante Marcos declaró al final de la convención, en un encuentro con los medios: "El Ejército Zapatista de Liberación Nacional ya no se manda solo. Haremos lo que mande el pueblo a través de la Convención Nacional Democrática" (*Memoria*, cit., p.19).

10. Antes de que estallara la crisis de diciembre en Chiapas, a Marcos ya no quedaba nada de su entusiasmo de agosto: "Yo veo con mucho escepticismo la Convención Nacional Democrática. Al paso que va, no puede evitar la guerra" (Proceso, nro.944, 5 de diciembre de 1994, p.19). Se volverá un tema recurrente y hasta ironizará en una posdata "Para una CND que no se decide entre pelear contra el sistema de partido de Estado o contra sí misma" (Comunicado del 15 de abril de 1995, *La jornada*, 21 de abril de 1995).

11. Véase el comunicado de la CCRI-CG del EZLN del 17 de diciembre, publicado junto con otros comunicados en el *Perfil de la jornada*, 20 de diciembre de 1994 y la entrevista de Epigmenio Ibarra al subcomandante Marcos en el mismo diario de los días 8 y 9 de diciembre de 1994.

12. CCRI-CG del EZLN, "Tercera Declaración de la Selva Lacandona", *La jornada*, 2 de enero de 1995.

13. El subcomandante Marcos la sintetizó de esta cruda manera: "Si nuestro movimiento no se hace nacional, va a desaparecer por inanición o por aniquilamiento. Pero este movimiento no tiene la posibilidad de encabezar un movimiento nacional, porque es armado y porque es clandestino. En la medida en que es ilegal, tiene muchas limitaciones. Por eso no nos cansamos de repetir que se necesita un movimiento nacional del que nosotros seríamos parte" (Proceso, cit., misma página).

14. CCRI-CG del EZLN, Tercera Declaración..., cit.

15. *La jornada*, 14 de enero de 1995.

16. Incluso se emitió un "comunicado conjunto" (*La jornada*, 29 de Noviembre de 1995)

17. Cuauhtémoc Cárdenas, "Por un gobierno de salvación nacional", *La jornada*, 7 de enero de 1995.

18. El perfil de *La jornada* del 18 de enero de 1995 reprodujo los discursos del presidente Zedillo y de los dirigentes de los cuatro partidos registrados, así como el texto "Compromisos para un Acuerdo Político Nacional".

19. Al respecto, abordé brevemente esta cuestión en mi artículo "9 de febrero", *El independiente*, Hermosillo, son., 17 de febrero de 1995.

20. A. Anguiano, "Los saldos del PRD", cit.

21. Sobre esto puede verse una explicación en mi artículo "La izquierda en su nadir", *Brecha*, México, nro.2, invierno de 1987, pp.3-33.

22. Aún está por hacerse un estudio detallado de la campaña electoral para las elecciones presidenciales del 94, en particular en este caso de Cárdenas. Pero lo cierto es que en la prensa, incluso la más abierta y crítica respecto del régimen, quedó como un hecho aceptado generalmente el desvanecimiento de las fronteras partidarias y de los respectivos candidatos presidenciales. Sobre los resultados electorales, *El cotidiano* publicó un interesante número especial, el 65, noviembre de 1994.

23. Cf. Adolfo Gilly y Rhina Roux: "La crisis estatal prolongada", *Viento del Sur*, nro.3, diciembre de 1994, especialmente pp.10-11.

24. Esta reveladora expresión, plena de contenido, la retomo de Mario Payeras: "Asedio a la utopía", en *El socialismo en el umbral...*, cit., p.302, donde escribió: "Creo en el valor de la utopía como instrumento heurístico y como referencia teórica en esta hora de desplomes y necesarias recomposiciones del mundo por el que luchamos (...) es nuestro deber asediar la utopía, pensándola, construyéndola por ahora entre militantes y entre las masas como búsqueda programática y como certeza para un futuro que no puede tardar mucho".

25. Comunicado del Comité Clandestino Revolucionario Indígena. Comandancia General del EZLN, junio de 1995. La jornada, 8 de junio de 1995. Continúa: "Un movimiento que encuentre el punto en el que todas las fuerzas democráticas coincidan. Un movimiento que enarbole un programa de lucha común. Un movimiento que proponga un plan de acción nacional de lucha por la democracia, la libertad y la justicia para todos los mexicanos, y por la defensa de la soberanía nacional".

26. "Estás de acuerdo en que las principales demandas del pueblo mexicano son: tierra, vivienda, trabajo, alimentación, salud, educación, cultura, información, independencia, democracia, libertad, justicia y paz?" (idem).

